

to que escuche. Yo no me atrevia á verla, aunque me llevaba el alma en cada movimiento: el -corpiño del vestido estaba hecho todo de rizos pequeños que daban al seno mayor abultamiento y redondez con una caprichosidad provocativa: le hubiera dado un beso sobre el broche que tenia en la escotadura, y habria ecshalado en él toda mi alma.

Por fin sonó la hora en que acostumbro retirarme, y la oí con placer: mi situacion no podia ser mas difícil. Me despedí de ella con una frialdad forzada que necesariamente provocó la suya.

En la calle he volteado la cara y la hallé en el balcon: fascinado todavia, pensaba ver una de aquellas visiones fantásticas que aparecen en las novelas, siempre vestida de blanco, alumbrando las tinieblas de la noche.

Soy un hombre débil, un bruto, un imbécil.... —En estas ideas que vagamente percibo, he estado fijo desde que me separé de ella..... nada siento ni me entristece ahora mas que la vergüenza de mi debilidad.

Tengo sueño.

Marzo 26.—¿Cuál es la causa de mi mal humor? En un rato de meditacion sosegada me he hecho esta pregunta, temiendo estar enamorado de veras. Por fortuna veo que no: à lo ménos este afecto se ha manifestado en mí otras vces con diversos síntomas. Si es que puedo ver claro en medio de mi preocupacion, creo que el amor propio es lo único que padece: como hombre de mundo, á cuyo

título aspiramos todos, he cometido una torpeza. La muger nunca ratifica de palabra ciertas concesiones, mucho ménos ántes de haberlas hecho efectivas. Como campeon en una lucha de amor he quedado vencido en el primer encuentro: esto me enfada, me indispone contra mí mismo. Olvidando mis teorías me preocupó un momento el deseo de terminar pronto un negocio, que por lo mismo que creía fácil, no interesaba mi atencion; y erré el camino, creyendome ya tan cerca del fin que no podria hallar un obstáculo. Hoy percibo que es casi imposible vencerla, ¿cómo obligarla á que me confiese que me ama, cuando yo estoy convencido de que todo me tiene ménos amor?..... ¿y otra especie de confesion no seria hasta locura ecsigirsela?... Retroceder de este camino, y comenzar otro, es confesar tácitamente que he errado, porque ella me engañó ó yo me preocupé: y esta confesion nunca la hace un galan á una muger cortesana.

Esta torpeza mas que nada, y la vacilacion en que estoy, sin hallar por qué partido decidirme, cuando estoy resuelto á seguir alguno—es lo que produce el horrible humor que tengo. No quiero confesarme vencido, y busco una ocasion de ser vencedor, ¿pero qué sistema he de seguir?

En todo el dia la he visto, ni pienso verla esta noche, aunque lo deseo violentamente.

Marzo 27.—Humilde como un capuchino, y resuelto á hacer un nuevo esfuerzo, he llegado á su

casa despues de un dia pesado entre la irresolucion y la tristeza. Yo no medito ni resuelvo anteriormente lo que voy á hacer; la ocasion ó mi capricho me deciden en todas las cosas repentinamente.

Hallé á Rosa durmiendo, y á Isabel con un libro en la mano.

—¿Qué leia vd.?

—Una novela que no me gusta.

Me acerqué á leer el título, y en efecto, no valia la pena aunque sea del célebre articulista Fígaro.

—Nos iremos á un sofá—añadió levantandose.

—Vamos.

El sofá que ocupamos dista del otro en que dormia Rosa, el trecho solo que ocupa la chimenea que toca inmediatamente con ellos. Isabel ocupó el lugar mas inmediato á la chimenea: yo el mas retirado.

Desde que creí estar seguro de que nadie nos escuchaba en las piezas inmediatas, comencé á hablarle de mi amor.... realmente no podia estar callado mas tiempo.

—Al fin—comencé—es imposible ya separarme de vd.; estoy ligado, preso; y miéntras con mayor violencia quiero combatir esta idea, tanto mas fuertemente me domina.

—¿A qué combatir, pues? Déjelo vd. al tiempo.

—¿Al tiempo!.... si en dos semanas estoy así, no sé qué será de mí despues. Estoy volviendo á la primera edad; me estoy convirtiendo en un ni-

ño, y tengo miedo de cometer todas las ridiculeces<sup>9</sup> todas las necedades de un colegial enamorado... Esto es horrible, Isabel; es horrible, cuando vd. no me dà ni una esperanza.... Vd. conoce mi estado, conoce bien que ya no soy dueño de mí mismo.... Es preciso remediar esto, y nadie mas que vd. misma debe hacerlo.... O curarme de esta pasion ó satisfacerla.... ¡Pero no me responde vd. nada!....

—¿Y qué he de decirle?—me respondió tristemente.

—Lo que vd. quiera, pero hableme: vd. tiene obligacion de curar el mal puesto que lo ha causado. Al oír la otra noche la confesion de vd. me creí mas fuerte; pero veo que no paso de un imbécil, cometiendo una debilidad he vuelto, y volveré.... porque no puedo resistir; combato, y un impulso interior me vence, me trae á mi pesar delante de vd., á hablarle de mi amor, á fastidiarla tal vez.

—A fastidiarme, no.

—Sucederia algun dia, porque siempre que pueda he de decirle que la amo, no puedo hablarle de otra cosa.... Vamos, dígame vd algo; aconsejeme.

—Busque vd. otro objeto.

—¿Y cuál?....

—Serafina.

(¿Serian celos?....)

—¿Serafina!... vd. sabe bien que no me ama....

y que ante vd. ha desaparecido. Estoy curado ya de su amor; y me alegraba al sentirlo, creyendome mas feliz; pero veo que el remedio ha sido peor que la enfermedad misma. Léjos siempre de ella duraba mi pasion, pero lenta, amortiguada; á vd. la miro cerca de mí, y á medida que la veo crece mi pasion, esto es preciso, natural: debo alejarme de vd.; quisiera hacerlo y no puedo: el combate me cuesta mucho, y al fin quedo vencido.

—No combatir.

—¿Pues he de fomentar una pasion que no tiene esperanza?

—Ella se apagará sola: dentro de cuatro ó seis meses volverá vd. á verme como ántes, simple amiga: así les ha sucedido á todos los que se han enamorado de mí.

—¡Imposible!....

—Ya lo verá vd.: me conocerá poco á poco y dejará de amarme. A mí no puede amarme nadie.

¡Impía! me engañaba con la verdad.

—¿O no cree vd. mi amor?

—Si no lo creyera no lo escuchara, y desde el primer dia se lo hubiera hecho entender á vd.

—Yo conozco que no soy el amante que vd. necesita; ha sido una locura enamorarme y buscar correspondencia: yo, un hombre oscuro, pobre, necio, no sé ni espresar mis sentimientos, no soy zalamero, ni festejoso; hasta grosero soy con las mugeres, torpe para obsequiarlas, y tal vez las agravio ó las enfado cuando intento hacerles un agasajo....

Vd. necesita un hombre vivo y ardiente de carácter, que por su figura, por su posicion, por las cualidades todas que me faltan satisfaga las ecsigencias de una muger como vd., brillante y de talento..... Una cosa sola no hallará vd. nunca en otro; tanto amor como el mio!..... no sé ni espresarlo, pero hay en mi corazon tanta ternura para amar á vd., que me siento capaz de todo..... lo seria, si vd. quisiese. He vivido siempre perezoso y humilde porque no tenian objeto mis trabajos, ni mis sacrificios; pero si supiera que tenia un altar donde ofrecer las riquezas ó el nombre que alcanzara, lo emprenderia todo, todo..... La esperanza de hallar una muger que me pagase en amor los pesares que el mundo proporciona, es todo lo que me ha faltado; una palabra, y....

Isabel permanecia callada, con los ojos bajos; y en su posicion espresiva parecia mas triste que yo, y que imperaba compasion, cuando yo era el suplicante.

Despues de un largo rato de silencio continué:

—Dígame vd., ¿no será posible que llegué yo á hacer tanto por vd., que le haga sentir de tal manera mi amor, que me cueste tantos sacrificios, que llegue vd. á amarme un dia?....

—No es imposible—me contestó balbuciente.

Comprendí al oír estas palabras que no debía permanecer mudo ni quieto; sentia grandes impulsos de decir y hacer muchas cosas; la hubiera devorado á caricias, me hubiera echado á sus piés,

protestandole eterno amor en cambio de esta esperanza.... Este era el momento de hacer una peripecia dramática, una escena de novela; lo conocia, y sin embargo una fuerza secreta me contuvo, me clavó en mi asiento, me quitó el uso de la palabra.... estaba perfectamente inmóvil.... Así permanecemos los dos largo rato.

Esta situación que no sin violencia sostenia yo, este lenguaje desusado para mí, y que me costaba trabajo mantener entre los límites de lo vulgar y lo sublime, habian agotado mis fuerzas. El *no es imposible*—habia venido tambien á calmar mi fiebre de amor; era una esperanza, una gota de agua que refrescaba mis labios tostados de sed.

Pocas palabras mas y casi frias, hablamos despues: comencé luego á observar que Isabel llevaba frecuentemente á la nariz el pañuelo que tenia en a mano.

—¿Está vd. enferma?—le pregunto.

—No: ¿por qué?

—Me parece que está vd. aspirando éter ó alguna otra cosa en el pañuelo.

—No; no tiene nada—y me lo alargó.

—En efecto, nada tiene; dije devolviendoselo.

Ella al recibirlo con una mano, estendió la otra sobre la chimenea, de donde tomó otro pañuelo que despues de haber besado ligeramente, me presentó diciendo:

—Este si huele, y bonito.

—¡Es verdad!.....—respondí aspirando un perfume delicadísimo: y me quedé con él en la mano.

Era un pañuelito lleno de encajes y bordados, usado ya, pero limpio, todavía conservaba el lustre y la tersura de la plancha; estaba solo estrujado entre las manos hasta darle la apariencia del uso actual. A primera vista le percibí una marca en geroglíficos y letras....

¿Qué hacia este pañuelo allí sobre la chimenea, tan cerca del lugar que siempre ocupa Isabel? tenia otro en la mano, y este quedaba inútil. Al volver de la calle, si habia salido, pudo ponerlo allí; ¿pero entónces á qué tomar otro? una muger aristócrata usa el mismo pañuelo en todas partes.... ¿para qué, pues, tenia dos? uno sucio, sencillo y sin perfume en la mano; otro perfumado, limpio, lujoso, puesto casi escondido entre el florero y el reloj de la chimenea.... ¿Podía dudar de que esto era un disimulado regalo; una prenda, como dicen vulgarmente los enamorados?

—No percibió vd.—le dije—que poniendo este pañuelo en mis manos me orillaba á cometer una ratería?

—¿Cómo?

—Sí, á robarmelo: y me lo robo—esto decia y me guardaba el pañuelo en la bolsa.

—¿Para qué, Gabriel?—me preguntó casi sonriendo.

—Bien sabe vd. cuanto valor tiene para un ena-

morado estas bagatelas; un pañuelo de la muger que se ama es un tesoro.

—Ya me lo devolverá vd. despues.

—No he de devolverlo.

—Lo sentiria porque tiene una marca que me hizo Rosa

—Así tendrá mas precio para mí.

—Veremos.

—Ya verá vd. cómo no se lo devuelvo.

A poco rato se levantó Rosa, y pasó por delante de nosotros, restregandose los ojos; y saludandome medio dormida todavía, se metió á la pieza inmediata.

—Esa va derecho á la cama—dijo Isabel.

—Duerme mucho.

—¿Qué quiere vd. que haga una niña como ella, que no tiene en que pensar, ni en que ocuparse?

Algo mas temprano que de costumbre me levante para irme. Estando en pié y con el sombrero en la mano, le dije:

—Temo fastidiar á vd. con mis visitas y mis pláticas de amor; pero la culpa la tiene vd. que me dejó verla, y percibir todos sus encantos. O ame-me vd., ó cureme.... Adios.

—¿Se lleva vd. mi pañuelo?

—Supongo que no le hace á vd. falta.

—¿Pero qué tiene vd. con un pañuelo?.... Nada.

—Pues si es nada, no debe privarme de un gusto que para mí es grande.

—Adelante.

—Adios, Isabel.

—Adios, Gabriel.

En casa he ecsaminado el pañuelo y está tan usado que tiene algunas roturas; esto prueba su poco tacto, ó el desprecio con que me mira. Se percibe con todo que es el pañuelo que gasta una dama, y el perfume es delicado. Una cosa me llama la atencion; y es la marca que consiste en dos corazones atravesados con una flecha, y abajo escrito el nombre y apellido de Isabel: pero es una marca de aguja hecha de pocos dias, de ayer mismo; la seda conserva su lustre, los perfiles mas tenues de las letras están intactos, el agua no ha descolorado la seda ni manchado la tela.... Creo no errar confirmando mi sospecha de que fué un regalo disimulado el que quiso hacerme: lo creo así sin ninguna especie de duda, y me choca.... miento; que las palabras han estado esta noche acordes con las obras.—Es posible—me ha dicho; me dió ademas una prenda, y me recordó à Serafina.... ¿Me tomaria celos?.....

Yo estaria satisfecho enteramente si no me quedara una duda que me labra interiormente. En un momento que tenia yo los ojos bajos, creí notar al levantarlos una sonrisa burlona que reprimió violentamente.... Si se ha reido de mí, ciertamente no sabe lo que ha hecho.... hacerme desconfiar, es imponerme reservas que dañan á sus deseos sean los que fueren. Ahora recuerdo que en una de las primeras conversaciones me dijo que

deseaba una persona con quien *divertir* sus noches.... Si queria divertirse simplemente, no debia dejarmelo percibir tan temprano.....

¿La amo ya de veras y por eso me causa tanta impresion esta duda?.... no, no quiero creerla tan infame que se burle de los sentimientos que ella misma provoca, ni tan necia que haga traicion á su propio sistema.... Siento que á mi pesar el corazon se repliega sobre sí mismo: tal vez llegaria á amarla, que sé yo si mi primera intencion liviana se hubiera convertido en un afecto mas tierno: ahora siento lastimado el corazon, y me resisto á creer que se haya reido de mí, no porque veo perdida la esperanza de poseerla, sino porque me arranca una nueva ilusion.... ¿Siempre me he de ver reducido al aislamiento y la tristeza? ¿No hay en el mundo otra cosa que falsedad y corrupcion?....

Marzo 28.—Desde hoy deben ser diarias mis visitas, á pesar de que esto es faltar hasta cierto punto á las conveniencias.

Esta noche no hemos hablado nada de amor:

—Gabriel, hace muchos dias que estoy quejandome con vd., y no me hace caso.

—¿Qué tiene vd.?

—Estoy enferma, muy enferma.

—Pues debe vd. curarse.

—Pero si vd. que es mi médico no me hace caso....

—Yo no puedo ser médico de vd. Al médico se le deben ciertas confiancias que en nuestrasi-

tuacion.... yo no me atreveria ni á hacerle ciertas preguntas....

—Ni es preciso: vd. sabe lo que tengo, me duele el pecho y nada mas.

—Por otra parte, ni yo soy tan buen médico que deba vd. fiarse á mis manos, ni por mas que lo fuese sabria curarla preocupado por mi amor.

—Tanto mas empeño pondrá vd., como ningun otro.

—Ademas, que yo podria abusar de mi carácter

—No lo creo.

—Mejor es siempre quitar las ocasiones de que vd. se enfade conmigo, y de que yo tenga que avergonzarme despues.

—En fin, quiero que vd. me cure.

—Recetaré—contesté secamente.

Previa una explicacion que oí por cubrir las apariencias, sin tomarla siquiera el pulso, receté una pocion de mal sabor y cargada de polvos; quise enfadarla á propósito, para que no vuelva á pedirme que la cure.

—¿He de tomar esto inmediatamente?

—Si tan enferma está vd....

—Ahora me siento aliviada; pero si mañana....

—Cuando sienta vd. fuerte el dolor, entónces.

A poco llegó el hombre de los bigotes, el general, comandante de armas de la provincia &c. &c. acompañado de un ayudante.

La tertulia se convirtió entónces de familiar en

séria: se habló de muchas cosas diferentes, y terminó á la hora de costumbre.

—¿Sabe vd.—me dijo el general en la calle—que esta señorita es muy apreciable?

—Ya se ve.

—Veo que la sociedad de Búrgos no es tan mala como me la habian pintado.

—Es que vd. no conoce de Búrgos sino á Isabel; y por ella juzga á todas; pero sepa vd. que su despejo, su amabilidad, su cortesanía son prendas escasas en esta tierra.

—Y qué carácter tan original, tan *chispas* tiene la niña.

—¿Eso dice vd. y aun no la conoce todavía?

—Qué independenciamiento de ideas.

—Eso tiene mas que nada y es lo que á mí mismo me causa mas estrañeza; sin mundo, sin sociedad, sin ejemplos, y hasta sin educacion, porque ninguna muger mexicana.... burgalesa iba á decir.... recibe la que debe, es raro que por sí sola haya adquirido el grado de cultura y cortesanía que manifiesta; su conversacion no es elegante ni erudita, pero graciosa y suelta; no tiene el encogimiento, la incivilidad, la gazmoñería de sus paisanas.

—Amiguito, está vd. haciendo su apología.

—Es natural--contestó el subalterno que nos acompañaba.

--Hace vd. bien, amiguito.... la niña lo vale.

—General, vd. está engañado: piensa que yo tengo algo con ella y se equivoca.

—¿Qué! ¿me cree vd. ciego, señor?

—Le voy á probar á vd. que no puedo tener nada con ella. Está enamorada de otro con quien no se ha casado por repugnancia del padre; pero yo estoy entendido que muerto el papá se casará con Víctor inmediatamente. (Esto es para mí, artículo de fé.)

—¡Ah! yo ignoraba eso; y en tal caso tiene una virtud rara entre las mugeres, la constancia.... Siento ser tan viejo....

—¿Por qué?..... (Ya está cogido—dije entre mí alegrandome.)

—Esta niña he oido que tiene fama de veteraniha.... seria muy bonito escopetearse con ella.... Vd., amiguito, cuídese; no vaya á enamorarse y á querer dar el asalto, porque es vd. hombre al agua.... Si viera vd. como me pusieron las mugeres cuando, era yo muchacho y corria la tuna: pues, y que yo..

—No haya cuidado, que yo sé bien que no debo enamorarme de ella: la conozco mas que vd. general.

—En fin, adios.... nos volveremos á ver por allá; nos volveremos á ver.

—Lo apreciaré..... Buenas noches.

El general está prendado de Isabel desde la primera noche que la conoció. Es viejo, y seria original verlo enamorado de Isabel que se rie de un entierro.

Se me está antojando inspirarle á ella la idea de que le haga algunos avances á ver si todos nos divertimos.

Marzo 29.—Esta noche he llegado muy ufano; llevaba unos versos escritos para ella, y esperaba una recompensa, un beso regateado.

Isabel me ha adulado algunas veces llamandome buen poeta; quiere que le ofrezca yo este trofeo mas; pero me habia estado haciendo sordo hasta hoy, que de una manera mas directa me ha pedido versos aunque no para ella.—Yo no gastaria mi pluma en otra muger que vd.—le habia dicho—y en efecto, he hecho unos versos *ad hoc*.

—Traigo una composicion para vd.

—A verla, á verla.

—No soy buen poeta, pero vd. me lo ha dicho, y es probable que toda la inspiracion la deba yo á vd.

—Veremos qué es lo que he inspirado.

Rosa estaba presente y asistió á la lectura de los versos. Al terminar exclamó entusiasmada:

—¡Qué lindos..... (Me alegré.)

—Están bonitos—dijo friamente Isabel. (Esto me partió el corazon.) Vengan estos versos añadió despues.

—Para vd. son, pero tienen un precio.

—Lo pagaré, y deme el papel.

—Aquí está; pero yo soy interesable en todo; no los he escrito sino para alcanzar un premio.

—¿Y cuál es?.....

Rosa nos dejó solos prudentemente diez minutos, levantandose tan pronto como oyó comenzar un ajuste que no debia presenciar.

—¿No lo adivina vd.?

—Nunca adivino nada: soy muy torpe.

Ella no quiso continuar ni yo tampoco, encaprichado en que la recompensa tuviera de su parte el mérito de la espontaneidad. La adivinanza no era muy difícil, puesto que en los versos mismos estaba bien claramente indicado su precio. Permanecimos, pues, callados hasta que Rosa volvió diciendo:

—¿Se han ajustado ya?

—Imposible; no dice lo que quiere, y no sé que darle.

—Y ahora recuerdo que esos versos no tienen puntuacion; traje el borrador mismo por leerlo, y.. á ver.... Isabel me dió el papel: lo tomé y guardandolo en la cartera dije:

—Fueron escritos para vd., pero no los tendrá mientras no reciba yo el precio.

—Es una traicion.... pero paciencia.

—Hablemos de otra cosa.

Yo estaba picado.

Y aun lo estoy; yo esperaba que mis versos, no por buenos, sino por ser de amor y para ella, hubieran sido festejados, no solo alabados; y su disimulo, su tenacidad en no comprender lo que pedia por ellos, ademas de causarme sentimiento, me la hace despreciable. Si desprecia mis versos porque



su oído es insensible á la armonía, no merece que un poeta, sea quien fuere, la ensalce gastando en ella su pobre inspiración; si lo hace por picar mi orgullo, es demasiado arrogante para convertirse en mi juez..... ¿Qué es esta muger, señor? ¿tiene solo la viveza y el ingenio del instinto? ¿son postizas las gracias que en mi preocupación le atribuyo, ó tiene una alma?... aun cuando no la tuviera debería fingirla.... Vamos, ya veo que el sentimentalismo no es el camino por donde he de llegar á hacerme comprender.

Marzo 31.—Seguramente me ha hecho mas impresión el desprecio á mis versos que á mi amor. El sentimiento me ha alejado de ella un día, y hoy iré á verla á mi pesar: ha perdido para mí hasta el último encanto.

Yo querría hallar en todas partes un eco á mi voz mal expresados mis sentimientos, pero bien sentidos, los echalo buscando consuelo ó satisfacción; quisiera que todos hubieran sentido como yo ó comprendieran á lo ménos mis palabras; esto si no consuela ni satisface lisonjea el orgullo del escritor..... Pero Isabel no es capaz de comprender el lenguaje ideal del amor; ó si lo comprende lo desprecia: necesita imágenes groseras que hablen á sus sentidos..... ¡ah! yo le hubiera perdonado su risa, como un rasgo de su carácter insustancial y traicionero; pero manifestarse impacible á los acentos del amor, que entusiasman á cualquiera muger aun que no sean dirigidos á ella..... no ya por mí,

por su reputación misma debió manifestarse espiritual é inteligente y no un ser puramente sensual que no comprende sino lo que palpa con los sentidos.

En fin, esta noche he ido á verla arrastrado por yo no sé que fuerza superior á mi repugnancia: además..... le he compuesto un soneto por el camino, se lo he escrito con lapiz en su casa y se lo he dejado..... Puede ser que aquellos versos no tengan armonía, ó no hayan estado unísonos con la cuerda sensible de su corazón. En este soneto hay mas sentimentalismo, mas ternura, mas pasión: tal vez lo comprenderá y me pague con una mirada todo lo que me ha hecho sufrir.

No le leí mi soneto, porque el general que tambien hace ya sus visitas diaras ha estado en nuestra compañía. Todos me han conocido en el semblante el mal humor, y me han dado valla: espero á mañana como si me hubieran prometido una gran fortuna.

Abril 1.º —La he visto y ni una sola palabra me dice de mi soneto..... es una muger infame, por disimulada ó por necia. Estoy desesperado y resuelto á no volver á hablarle una palabra de amor..... No lo siento ya si lo he tenido algun día..... y aun se me pasea la idea de vengar los agravios que hace intencionadamente á mi amor propio.

Abril 2.—Abril 7.—La escena ha cambiado.

Ya no estamos solos Isabel y yo platicando al la-

do de Rosa que duerme, ó nos abandona segun los casos: el general viene todas las noches, y siempre acompañado de otra persona que se ocupe de la hermana ó las visitas que pueda haber, para quedarse á luchar él contra Isabel y yo solos.

El general estaba ya segun veo seducido ántes que yo lo hubiese pensado. Isabel lo deja venir, y nos pone á los dos en perpetuo conflicto.

Diremos algo del general y de las situaciones respectivas de todos.

El general es un militar de mas de 40 años, elevado desde las últimas clases del ejército: un lenguaje libre y nada culto, sus maneras duras y bruscas revelan al miliciano impregnado de todos los defectos de nuestra oficialidad: nada orgulloso, pero muy vano, no tan fatuo que empalague, ni tan modesto que deje pasar desapercibida una cicatriz que ganó en la guerra de independencia, ú olvide referir las conquistas amorosas que hizo en su juventud. En esta materia es muy soldado; lo mismo atacará á una muralla que á una muger, hace un reconocimiento, dice una corta proclama para entusiasmarse él mismo, forma su columna, y hasta vencer ó quedar derrotado sin pedir parlamento ni armisticio.

El general comprende mis intenciones como yo las tuyas; ambos nos tratamos con benevolencia, á pesar de que mutuamente nos hacemos malaobra: quise cambiar, evitando su presencia, la hora de mis visitas, y él ha hecho lo mismo: las redoblé y

él me siguió, me habia antecedido; de modo que con diez minutos de diferencia llega siempre el uno en pos del otro.

Isabel nos ve y se divierte con los dos: sabe perfectamente la manera de mantenernos en perpetua oscilacion; es dueña de nuestros resortes y nos contenta ó nos incomoda á su antojo, segun el capricho ó la necesidad. Nos deja caer una porcion de aquellos pequeños favores que vienen siempre á se del mas audaz. Yo dejo al general que los recoja todos.

El y ella con su manejo siempre práctico me enseñan el camino que debo seguir; á mí me repugna la lucha, abandono enteramente el campo, y no pocas veces he dado lugar á que tanto uno como otro me reprendan justamente de cobarde y descuidado. El general siempre junto á Isabel, le espia el seno siempre que puede por el ménos intersticio que deja el pañuelo ó el corsé; procura estarla tocando con el codo, y le pasa jugueteando por el cuello las borlas del baston, ó le toca suavemente el hombro una mano; hace mil alusiones ó alabanzas de todas las perfecciones personales que está mirando; en fin, ataca como un soldado: Isabel resiste con la inmovilidad: yo veo todo esto y me enfado, me alejo de ellos, ya no por zelos ni siquiera por envidia, sino porque me repugna tal manejo.

¿Intenta Isabel, consintiendo al general, ponerme una moca, como dice Balzac? El verdadero